

ALFONSO REYES TRAZA LA TRAYECTORIA
DE GOETHE

Por su aptitud en penetrar el corazón de los pueblos y de los hombres, por su esfuerzo incesante y consciente para armonizar los diversos elementos de su rica naturaleza, era de esperarse —¡casi fatal!— que Alfonso Reyes se ocupara de Goethe. Bien podríamos decir —“toute proportion gardés”— que son cogeniales. Goethe es la imagen y la posibilidad de Alfonso Reyes, porque, en suma, es el hombre con todas sus virtudes y flaquezas, permeadas por una armonía superior; es “un borrador de hombres puesto en limpio, una lección de hombre”, como le llama Rafael Cansinos Assens. Hay una universalidad de amor en Alfonso Reyes que le ha llevado siempre a transfigurarse —hinchado de simpatía— ante toda gran manifestación del espíritu. Pero hacia Goethe la mueve una peculiar y honda aquiescencia, una fascinación apasionada.

La mayor parte de las veces, el fondo último de Goethe ha resultado inexplorado, inédito. Las más diversas y contradictorias interpretaciones han venido a chocar ante la problemática personalidad del genio alemán. En vano ha intentado José Ortega y Gasset construir un Goethe desde dentro. Si en Goethe ve un destino de alondra, un hombre que no se adscribe a nada porque quiere quedarse... en disponibilidad, es porque de antemano le ha trazado su yo-programa en vista de “un plan hechizo y seguramente arbitrario”. ¡Qué diferente proceder el de Alfonso Reyes! Su gran talento, hecho de fino y rico trabazón cultural y de urbanidad, se inclina respetuoso ante los hechos de aquella vida magnífica, hasta donde le ayudan a apreciar la evolución espiritual del genio. No se trata de ensartar las cuentas de un rosario biográfico ni de ensayar una crítica más sobre la obra de aquel primer ministro de Weimar. Estamos ante una visión —iluminada e iluminante— de la trayectoria vital de Goethe. Gracias a la poderosa intropatía de Reyes, podemos recrear el destino de Goethe, comprender su “Weltan-

schaung”. Sobre las huellas, sobre la obra, surge la figura personalizada. El mundo de la razón goetheana y el mundo que la circunda aparece humanizado. Alfonso Reyes hace de ellos su propio universo y nos lo trasmite, después, en transmisión emocional, en poesía...

El lector de la *Trayectoria de Goethe*, (Breviario No. 100 del Fondo de Cultura Económica) se acostumbra a ver en el genio alemán, una viviente integridad. Caso de simultaneidad prodigiosa: “Es fiel y es voluble en sus amores; nunca falsamente seductor, sino sinceramente ofrecido. Se da y se recobra, se enloquece y se salva. Vende el alma al diablo, y no se la entrega. Sale incólume de sus propias tormentas, pero resiente los terremotos lejanos y los eclipses de las estrellas. En una constante coartada, es una presencia constante. Mucha sustancia natural ha entrado con Goethe en la literatura. Habla tan cerca de su pensamiento y piensa tan cerca de su vida, que vence el oficio conceptual del lenguaje y sus palabras parecen hechos. Mezcla de algún modo la voluntad del Occidente y la resignación del Oriente. Concilia el espíritu del Norte y del Mediodía, y cuenta sus dineros de bárbaro septentrional sobre el mosaico romano”. Y después de haber seguido toda la trayectoria y estar a punto de definir su efigie, el humanista mexicano advierte: “No acabamos de darle mate, porque se nos sale del tablero. Es inabarcable, y a veces, también invisible. ¿Cómo poner sitio al grande abuelo? Por todas partes a un tiempo nos asalta y nos sobresalta. El ha dado por consigna a su alma: ¡Fuego en toda la línea!” (Opus cit., Pág. 171).

El itinerario empieza en Francfort. Ahí tiene lugar el primer idilio amoroso de una larga serie. Epoca en que su variabilidad increíble le hace decir: tengo mucho de camaleón. En Leipzig aprende muchas cosas. Le quieren hacer abogado —y consigue licenciarse— pero él se sabe poeta. Herder aparece en su horizonte, allá en la ciudad de Estrasburgo. En Wetzlar se enamora de Carlota Buff, pero se sabe retirar gracias al dominio que Píndaro le ha enseñado. A punto de casarse con Lili Schoemann en Francfort,

parte rumbo a Weimar, y grita como su Goetz moribundo: "¡Viva la libertad!". Nuestro héroe entra al servicio público, tiene tratos con Carlota de Stein y emprende nuevas lecturas y nuevos estudios científicos. Como buen artista alemán, se fuga hacia Italia, y descubre la luz mediterránea. Nunca más olvidará el orden greco-latino. Retorna a Weimar. Cristiana Vulpius, su amante, le da un hijo y pocos años después se casa con ella. Aunque odia la guerra, le toca vivirla. En el año 1794 se afianza su amistad con Schiller. Comparten cuanto hay en ellos, se fecundan mutuamente y dan al mundo el ejemplo de una bellísima amistad. Las últimas cumbres las vive solo. Napoleón y Lord Byron le rinden homenaje. Europa y el mundo ven en el viejo Goethe una gran síntesis humana que concilia todos los intereses de la acción y la meditación. Sobre este andamiaje, con su tupida red de circunstancias, levanta Alfonso Reyes la viviente integridad goetheana. Trátase, según su propia declaración, de un instrumento de trabajo indispensable para no perderse en el bosque. ¿Aparecerán alguna vez sus estudios completos sobre Goethe? ¡Dios lo quiera! Mientras tanto tenemos este precioso hilo de Ariadna.

Alfonso Reyes se ha hecho acreedor a la gratitud de los pueblos hispanolocuentes. Es posible que en lo futuro se le invoque como un intercesor entre nuestros pueblos y Goethe, como un medianero universalmente grato, capaz de granjearle, al máximo genio literario alemán, amor y fortuna. No cabe más glorioso destino para un enamorado conocedor de Goethe.

AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE,

El Norte.

Monterrey, mayo de 1955.

ALFONSO REYES Y SU OBRA DE FICCION

En su libro *El Deslinde*, don Alfonso Reyes define la literatura como "un ejercicio mental que se reduce a una manera de expresar asuntos de cierta índole". Para la literatura en pureza, el asunto se refiere a la experiencia pura de lo humano; para la no-literatura, a conocimientos especiales. La manera de expresión se determina tanto por el asunto como por la intención; ésta es un rumbo psicológico peculiar. Lo humano puro se reduce a la experiencia común a todos los hombres, por oposición a la experiencia limitada de ciertos conocimientos específicos.

Cuando se habla de deshumanización del arte —explica don Alfonso— lo deshumano se opone a lo sentimental inmediato. El arte llamado deshumano busca la emoción de la inteligencia y de la sensibilidad afinada; a esto se llamó deshumanización a falta de un equivalente mejor de *desentimentación*; y hasta pudiera añadirse que tal arte deshumanizado, quinta-esenciado en suma, por lo mismo que apela más directamente a la inteligencia o a la sensibilidad excelsa y procura huír del fraude sentimental fundado en estímulos biológicos, es más característicamente humano. El escritor de Monterrey marca la diferencia entre lo inhumano y lo deshumano con claros ejemplos: "es inhumano —dice— el juez que sentencia equivocadamente; pero también errar es de humanos; es Deshumano considerar, como De Quincey, el asesinato como una de las bellas artes; pero es un tipo de humorismo humano". Esta acotación en torno al arte deshumanizado es muy importante, ya que resuelve con acierto las cuestiones que se han planteado acerca del purismo literario, esto es, de la preferencia que ciertos escritores otorgan a la forma sobre el contenido.

Según don Alfonso, el término *ficción* tiene el inconveniente de sugerir la 'mentira práctica', esto es, la elaboración artística que está encaminada a diferenciar la expresión literaria de cualesquiera otras frases escuetas o concomitantes. Dicha elaboración subraya la